



J. Scerbanenco
**EL PERRO
QUE HABLA**



LAS NOVELAS DE LA PALMA

6

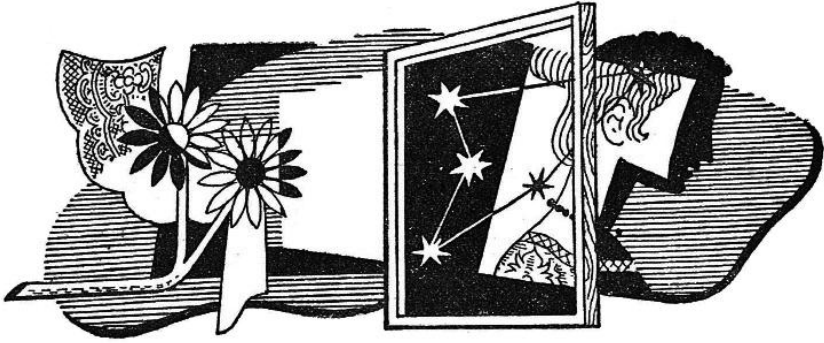
PESETAS

«Debe ser difícil para el verdadero culpable escapar de tus investigaciones. Puede que no haya dejado ningún rastro material, pero si en lugar de eso buscas huellas morales, terminas por encontrarlas».

Scerbanenco vuelve a la carga, especialmente en las cinco novelas de misterio de Arthur Jelling, con la mezcla de realismo y fantasía, de lógica detectivesca y psicología. Un conjunto que, bien mezclado, le da a su policía una vaga atmósfera de cuento de hadas. Ese "efecto de cuento de hadas" se resalta por la singularidad de la extrema timidez del investigador, dotado de un poder de videncia y de una gran profundidad psicológica, en el escenario de un Boston más mítico que real, con el exotismo de los personajes, cada uno estilizado en su grupo social y, además, con una serie de intervenciones que parecen hechizos, inseparables de lo terrenal. Hechizos que parecen emanados por dos perros prodigiosos cuyas habilidades resultarán decisivas en la mecánica de la trama.

En esta investigación, escrita en 1942, Arthur Jelling, jefe de la policía de Boston, poniendo sus habilidades al servicio de las necesarias pesquisas sobre el caso, pero siempre ansioso por regresar a la tranquilidad familiar lo antes posible, debe indagar sobre un asesinato cometido en un tren. Esta es una situación clásica de la literatura de detectives deductivos, con todos los sospechosos reunidos en un entorno común. La complicación, sin embargo, en el caso del El Perro que habla, la constituyen dos misterios: no está claro si la víctima fue asesinada con un golpe desde el exterior o, con un artificio misterioso, desde el interior. Y ninguno de los pasajeros parece haber podido provocar la parada del tren, la única posibilidad que tenía el asesino para actuar. Todos los sospechosos y testigos provienen del mundo editorial: poetas, periodistas, escritores, editores,

críticos literarios, unidos por estilos de vida comunes y divididos por la envidia y la competencia. Jelling resuelve todos los misterios pero no puede evitar pagar un triste precio por averiguar la verdad.



CAPITULO I

«Nos hemos entrevistado con el célebre poeta Harold Banner y nos ha causado la singular impresión de ser un hombre que tiene la vida en la punta de los dedos, y la contempla como si se tratara de un objeto sucio, repugnante».

En un departamento del expreso que tenía la llegada a Boston a las 17,30, Harold Banner y sus amigos dejaban pasar, negligentemente, las aburridas horas del viaje.

Era una de las tardes en que el verano se presiente morir. Por la ventanilla veíanse notas de amarillo y rojo, nuncio de un otoño inminente, decorando la campiña. El cielo era de un celeste pálido, el día anterior había llovido y hasta el aire carecía de diafanidad. Habían dado las cuatro: quedaba aún hora y media de tren.

—El hecho es —dijo Svedensson, Charles Svedensson, el joven conocido por sus teorías extremistas en cuestiones de arte— que nos encontramos en una encrucijada. La vieja poesía pasó a la historia: tan sólo quedan de ella las cenizas.

Y cerró el puño de la mano, con gesto nervioso. Era un pura nervio, enjuto y de carácter impetuoso; su mirada tenía una firmeza durísima. Sus ojos, aquellos ojos de hombre impassible que sabe conservar la sangre fría en la más crítica y violenta de las situaciones, parecían impropios de aquel

cuerpo que, por lo común, vibraba y se estremecía sacudido por la más leve impresión.

—Y la nueva poesía no ha nacido todavía —prosiguió—. Lo sé perfectamente, es cosa vieja; hasta el camarero de nuestro café se permite ya hablar de época de transición, al referirse a cuestiones de arte. Y, fatalmente, tenemos que aceptar el hecho, mientras nuestra tesis quede en pie y sin resolver el problema.

—¿Tienes alguna idea para resolverlo? —preguntó un tanto aburrido Dady Dadies, acariciando el hermosísimo perro lobo acurrucado a sus pies.

Dady Dadies era el redactor de la Página Literaria del diario «Daily News». Algunos años antes había escrito dos comedias y publicado una novela; sus actividades serían, a buen seguro, poco lucrativas porque aceptó, sin vacilar, el puesto que el «Daily News» ofrecióle en su redacción. Era un joven de poco más de treinta años; vestía con distinción y sobria elegancia. Veíase en él al hombre habituado por su profesión a frecuentar las altas esferas señoriales.

—¿Por qué no te ocupas de ello en tu periódico, Dady? —replicó súbitamente Svedensson—. Si no se produce un nuevo arte, no puede achacarse, como se pretende, a la ignorancia del público; ni es tampoco la culpa del artista con capacidad sobrada para crearlo.

Gesticulaba con creciente nerviosismo, y miraba de vez en cuando por la ventanilla el paisaje de la campiña o, por el pasillo, fuera del departamento.

—La culpa, por el contrario, tenedlo bien entendido, es tan sólo de los editores. He aquí a uno, uno de los más importantes, nuestro querido Tom Fharanda, que me mira sin ni siquiera responderme.

Y proseguía en su acusación:

—¿Sabes, querido Banner, por qué éste te ofreció aquel contrato? No esperaba ganar dinero con tus poesías: conoce sobradamente al público que se ríe (a ese público que le importa un pito tus poesías) y sabía que publicándolas per-

dería. Lo hizo tan sólo para impedir que su rival, el editor Savyan, lo hiciera; tú tienes un nombre immaculado como artista, no cabe en ti la corrupción por el dinero; tu arte es puro. Él toma tu nombre, querido Banner; lo pone a la cabeza de sus catálogos y dice: «No es verdad que publiquemos tan sólo lo cursi, lo trivial o lo malo; no es verdad que Fharanda sea un comerciante de papel». Pierde al publicar tus libros que nadie comprará, pero gana voceando tu nombre. Nuevo lustre, mayor prestigio de su editorial; esto es todo. Y con estos sistemas se impide que surja el verdadero arte.

Tom Fharanda, el editor, era un hombre bastante magro y alto, de unos sesenta años. Usaba grandes gafas y se mostraba siempre rasurado, sin que desapareciera de su rostro el rastro azulado de su barba. Tenía su leyenda, como todos los hombres que han triunfado. Contaba haber empezado, hacía dieciséis años, imprimiendo hojas volantes con una maquinilla de pedal; que con trabajos continuados, noche y día en la labor, y ahorrando el céntimo, llegó, primeramente, a tener una litografía para, luego, conseguir la que hoy era su Casa Editorial. Naturalmente, ello no era cierto.

Venía de buena familia burguesa y con la herencia recibida a la muerte del padre fundó la Empresa de que se jactaba. Tenía olfato y vista y era un hombre de hierro. Maduraba siempre sus ideas, jamás se precipitaba; andaba siempre sobre seguro. Su éxito era una prueba de ello.

Tom Fharanda, escuchando a Svedensson que con su característico entusiasmo recriminaba a los editores, incluso a él, miraba hacia fuera por la ventanilla, sin ni siquiera sonreír; por otra parte, muy raramente veíasele sonreír. Hasta los más célebres autores de su casa, los que poseían un nombre de resonancia mundial, no dejaban de experimentar cierta sujeción ante su presencia, imponíales aquel rostro firme e impassible.

—Ciertamente tienes razón —dijo Banner con fría gentileza y con su clásico tono de voz, un tanto negligente, que impedía a quien hablase con él continuar el discurso, porque parecía que su última palabra era el punto final de la discusión.

—Bien, bien —reprochó Svedensson en tono acre—. Continúa exponiendo tu oro de ley en un comercio de quincalla. En lo que a mí atañe, no permitiré jamás que Fharanda publique un libro mío, aunque me lo pidiera de rodillas.

Tom Fharanda no se inmutó ante tal insolencia. Contempló a Svedensson a través de sus gafas en las cuales se reflejaba un tanto el paso rápido del paisaje, calló un momento y luego dijo:

—No creo que pierda mucho.

—Vamos, muchachos; no comencéis de nuevo con las acostumbradas discusiones; habéis hablado todo el día, desde que salimos de la casa de Grant, del arte puro y del que no es tal. Dejad estas historias y hacedme un poco de compañía. Me habéis abandonado como a una pobre hija de nadie.

Fanny Garrett había permanecido silenciosa hasta este momento, con los ojos entornados, en una especie de duermevela. A menudo adoptaba esta actitud, con premeditación, porque le habían dicho que, cuando entornaba así los ojos, daba la impresión de una escritora al soñar con sus tipos y crear las acciones e intrigas de sus novelas. Formaba parte, desde hacía dos años, del personal productor, digámoslo así, de Fharanda, que le había publicado ya dos volúmenes, uno de los cuales, «*Siempre es demasiado tarde*», había tenido un éxito discreto.

Fanny Garrett era joven, llena de entusiasmo y orgullosa de saberse escritora. Su rostro afable era aureolado por un destello de casta belleza que, afortunadamente, no entusiasmaba en las peñas literarias. Por esto nadie, jamás, se

insinuó y ella pudo seguir su camino sin tropiezo y con serenidad.

Sin embargo, ahora que aquel bilioso y violento Svedensson amenazaba llevar la discusión por derroteros equivocados, había intervenido:

—No lo escuches, Banner. Cuando la cigüeña lo depositó en el suelo, Svedensson apoyó primero el pie izquierdo y así ve la vida torcida, del color negro, perversamente.

Banner, con sencillez, sin darse tono, respondió:

—Simplemente le escucho.

Venían todos de la finca de Marino Grant. Este poseía una propiedad en T..., donde pasaba el verano. Era uno de los directores del «Daily News», y había invitado a sus amigos a pasar un par de días en su compañía.

Fharanda, encontrándose con Harold Banner, aprovechó la oportunidad y ofrecióle un contrato. Esperaba una negativa: un poeta consumado, del círculo de los iniciados, que había escalado las altas cumbres del Parnaso, no era fácil aceptara un contrato de un editor como él, que tenía fama de publicar, solamente, libros cuyo único mérito era el de haberle dado a ganar mucho dinero.

Con todo, Banner había aceptado sin hacerse rogar. Formuladas algunas preguntas al gran editor, hechos unos reparos a ciertos términos del contrato, había firmado con su habitual sencillez. Ahora, cuanto escribiese o tuviese escrito debía publicarlo únicamente Fharanda. Este fué el resultado positivo del viaje.

La comitiva regresaba a Boston. Banner y Fharanda contemplaban a través de la ventanilla el paisaje, Dadies y Fanny Garrett bostezaban, fumaban, vencidas por el fastidio y el aburrimiento. Sólo Svedensson encontraba el modo de pasar el tiempo, irritando un poco a todos.

—¡Ese Grant! —exclamó Svedensson encontrando una nueva víctima—. Está a la altura de un limpia platos. Con los estipendios del «Daily News» se permite el lujo de vivir como un gran señor, e invita a editores, a poetas consuma-

dos y a escritoras para que diviertan su aburrimiento, pero en realidad no deja de ser el hijo de un pobre mecánico y de una empleada de taller.

Dady Dadies, al oír hablar mal de uno de sus superiores, esbozó una sonrisa de satisfacción, pero el tono villano e imposible de Svedensson le ofendió. Y así le reprochó:

—¿Terminarás, Sved? ¿No cuidarás de que tu maledicencia sea menos vulgar? Deja en paz, por lo menos, a los padres de los que fustigas. En nada te habrán molestado, para que también ellos sean objeto de tus sátiras.

El tren atravesaba rápidamente el paisaje. A la derecha, bordeaba una especie de rellano excavado en la roca, flanqueado de una larga cordillera; a la izquierda, el hondo valle cruzado, perezosamente, por el río Le Makeh. Surgieron de improviso las rojas casitas de Makeh y el contraste de las fábricas Allheim de válvulas para radio: una serie de bajos edificios pintados de un color celeste claro.

Dadies parecía que, poquito a poco, habíase enojado con Svedensson, como si hubiese reflexionado lo que éste había dicho y exclamó:

—¡Intolerancia! ¡Tan sólo intolerancia! Esta es la palabra que te cuadra: intolerancia. Tú no tienes ese mínimo de comprensión que es preciso en la vida. ¿Qué te ha hecho Grant para hablar de él de ese modo? Te ha invitado a su finca y te trató con el máximo respeto y mayor consideración. No comprendo porqué tienes que odiarlo de este modo por el mero hecho de dárselas de aristócrata. Y Fharanda, ¿qué? Te ha ofrecido su amistad, te presta, si quieres, aún su apoyo como editor, y tú, en cambio, no dejas escapar una ocasión para decirle en sus propias narices que es un mercachifle.

—Bien, ahora no exageres tú —intervino Fanny Garrett—. Todos sabemos que Sved ladra y no muerde. Ninguno de nosotros toma en serio lo que dice.

Dadies pareció calmarse, arreglóse el cuello, dió una ojeada por la ventanilla y luego sacó del bolsillo la pitillera.

—¿Fumamos, Sved? —dijo, ofreciendo.

—¡Ouah! El paladín del «Daily News» —dijo por toda respuesta Sved, tomando un cigarrillo—. Bien se comprende que cobras de Grant.

—Sí, querido, sí —murmuró Dadies, irónicamente, como se hace con un niño con quien no se quiere discutir.

Banner continuaba mirando por la ventanilla. De vez en cuando se ponía bien el sombrero de paja blanco, conocido en el mundo literario porque no se separaba de él más que cuando llovía; luego volvía a abstraerse en la contemplación del paisaje, o más probablemente a ensimismarse en sus propios pensamientos.

Tom Fharanda leía unas cartas que sacó de sus bolsillos y con el lápiz anotaba alguna de ellas. Limpióse los pantalones que Dadies, sentado a su lado, había manchado con la ceniza del cigarrillo, y prosiguió con sus anotaciones.

Fanny Garrett tomaba, de vez en cuando, la pose de escritora que piensa en sus libros; se cansaba de ello luego, porque sus compañeros de viaje prescindían en absoluto de ella y no la hacían el menor caso; entonces era cuando verdaderamente pensaba en algo para escribir; el ruido del tren y la charla de los compañeros malograban sus intentos.

Charles Svedensson continuaba fumando con las piernas cruzadas, el codo apoyado en las rodillas y el rostro descansando en la palma de la mano. Sus ojos, llenos de malicia, dejaban comprender que estaba a punto de decir alguna otra descortesía a los colegas y amigos, pero no tuvo tiempo.

El tren de improviso se paró, bruscamente, en plena campiña. Fharanda y Dadies, por la sacudida, cayeron sobre Banner y Fanny Garrett.

Se precisó, posteriormente, que esto acaeció a las cuatro y cuarto, o más exactamente a las cuatro y trece.

—Un accidente —exclamó Dadies—. Parece haber sido un choque.

—¡Ah!, ¡ah! —rió Svedensson—. Por fin este viaje comienza a tener su emoción.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó ingenuamente Fanny Garrett, colocándose el sombrero que se le había puesto a través, como si sus compañeros de viaje pudieran saber algo más que ella.

—Fijaos, fijaos —dijo Dadies—. Hace media hora que viajamos y estamos aún muy cerca de la finca de Grant.

—Valiente descubrimiento —repuso Sved—. Para ahorrarse un túnel, obligaron a que la línea diera la vuelta a la montaña, así estamos ahora en la vertiente opuesta y la finca de Grant, que está en la cima, se ve como cuando estábamos en la estación de partida.

Fharanda y Banner se asomaron a la ventanilla y miraron hacia la cresta de la cadena montañosa, en el punto donde se levantaba la finca de Marino Grant, que les había hospedado hasta hacía poco. Era una bella construcción, sólida, un tanto discutible desde el punto de vista estético, con sus ladrillos rojos y aquel techo excesivamente inclinado que recordaba mejor la casa de la ciudad que una de campo.

Muchos habían descendido del tren para informarse de lo que había ocurrido. Dadies, que estaba al lado de la ventanilla ocupada por Fharanda y por Banner, oyó la palabra «...alarma».

—Sonó el timbre de alarma por lo visto —dijo a los otros—. ¿Quién sabe lo que ha ocurrido...?

No terminó la frase.

Oyéronse dos golpes extraños. Parecía ser que alguien hubiese destapado dos botellas de champaña; luego Banner, el poeta Harold Banner, que miraba con simple indiferencia por la ventanilla, sin el menor interés por aquella parada improvisada, cayó al suelo hacia atrás con el rostro bañado en sangre.

Tom Fharanda, que estaba a la ventanilla junto al poeta, se volvió súbitamente como un autómatas. No obstante, el azulado de su barba, su rostro aparecía pálido de espanto.

—¡Banner! ¡Banner! —gritó Fanny Garrett, luego se cubrió el rostro para no ver, con gesto de horror.

—¡Imbécil! —y Sved se inclinó cerca de Banner—. Ayúdame a levantarlo, en vez de lloriquear. ¡Eh, Dadies, tiembla menos y cógelo por los pies!

Dadies, que no se había movido, que había permanecido como rígido, obedeció maquinalmente, aunque con cierta repulsión, y mientras Fanny y Fharanda, se acercaban, cogió, las piernas de Banner, mientras Sved lo apuntalaba por la espalda, y juntos lo colocaron sobre el asiento.

Sved, el nervioso, el ultrasensible, el violento, daba pruebas de mía sangre fría admirable. Sus ojos firmes no tenían la menor expresión de espanto. Quitóse la americana, la puso bajo la cabeza de Banner y luego le tomo el pulso. Pero sobre su rostro se dibujó de repente una mueca.

—Ha sido fulminante. No hay nada que hacer.

En aquel momento se oyeron pasos por el corredor del departamento y el jefe del tren, seguido de un subordinado y de algunos curiosos, apareció en el umbral.

—¡Eh!, ¿tocaron ustedes el timbre de alarma?

Sved le contempló con aire irónico.

—Nosotros no, pero tenemos un muerto; aquí está.

Apartóse para dejar pasar al jefe y continuó:

—Ha sido asesinado hace un minuto, mientras estaba asomado a la ventanilla observando por qué se había parado el tren...

Fharanda parecía haberse repuesto: estaba cerca de Banner, en la misma ventanilla; los proyectiles que habían matado a Banner pudieron haber acabado con él, pero la impresión había sido superada. Dijo:

—Dispararon desde la montaña. Si buscan pronto encontrarán todavía al que disparó.

El jefe, un hombre que ciertamente venía del Oeste, dió una ojeada al cuerpo de Banner y luego, como si fuese co-

sa frecuente encontrarse con un muerto en el tren, miró como dudando de todos.

—Ya veremos de dónde han disparado —dijo y continuó escrutándolos—. ¿Sonaron el timbre de alarma por esto?

—Ya le he dicho que no —replicó Sved—. Nosotros no hemos tocado el timbre de alarma. Precisamente discutíamos por qué lo habían hecho sonar, cuando Banner, que estaba en la ventanilla, recibió un tiro mortal de alguien que disparó desde fuera.

Después de escuchar atentamente, marchóse el jefe para averiguar quién había sonado el timbre. El sello estaba intacto.

—Sin embargo, en este coche se hizo sonar la señal... —murmuró para sí—. Tal vez sea en otro departamento... Permanezcan aquí, señores, y no salgan bajo ningún pretexto. La policía ha de interrogarles. Y tú, Giel, quédate —dijo al subordinado que estaba turbado por el acontecimiento—. Toma los nombres de estos viajeros y vigila para que nadie salga del coche; entretanto yo voy a ver quién dio la señal...

Se le oyó entrar y salir de los otros departamentos; luego volvió con el rostro sonriente.

—Dió la señal el departamento tres a contar desde el de ustedes. Perfectamente.

La noticia del misterioso asesinato de un viajero comenzó a circular y los curiosos se aproximaban para husmear. En pocas palabras el jefe, que venía del Oeste, les ordeno marcharse a sus respectivos sitios, con el mandato expreso de permanecer allí hasta la llegada de la policía. Luego descendió del tren, puso una piedra delante de la ventanilla en la cual se había apoyado Banner y dió la señal de partida.

Entretanto, en el coche donde se había perpetrado el crimen, Fharanda y los otros cambiaban de departamento y

dejaban a Banner solo sobre el asiento que ocupaban anteriormente.

Fanny Garrett se había desvanecido. Nadie se dió cuenta, porque Sved estaba dando explicaciones al jefe del tren. Lo advirtieron al llamarla. Pronto se repuso, apenas se encontró en el nuevo departamento, y preguntó:

—¿Adónde han llevado a Banner?

—No tengas miedo, no te lo han robado. Al departamento contiguo —respondió Sved.

Giel, que había tomado los datos de todos, se paseaba en el corredor, como un carcelero.

—Tengo la impresión de que todos estamos detenidos —continuó Sved.

Nadie le respondió. Lo acaecido era demasiado reciente y todos parecían muy impresionados. Fharanda había dejado de tomar sus apuntes y apoyado en el respaldo del asiento contemplaba un punto del techo. Dadies sacaba de una cartera de cuero una botellita de licor.

—Un sorbo —ofreció con la mano tendida.

Fanny bebió un largo sorbo. El editor rehusó. Pero Sved se sirvió copiosamente.

—También la muerte de Banner es un buen pretexto para tomar un trago —dijo devolviendo la botellita a Dadies.

—Es espantoso... —murmuró Fanny—. Todavía no acierto a comprender qué es lo que ha ocurrido. ¡Estábamos tan tranquilos, y he aquí que Banner cae muerto y no se sabe todavía por qué...!

Sólo Sved respondió. Los demás no tenían el valor siquiera de mirarse unos a otros.

—Bien, pronto lo sabrá la policía. Es extraño, sin embargo, que esto haya sucedido delante mismo de la finca de Grant.

—¿Qué quiere decir? —estalló Dadies.

Tenía que gritar, porque el tren corría vertiginosamente.

—Digo que Grant iba hoy a cazar precisamente por el lugar donde Banner ha sido asesinado. De encontrarse allí